



GUADALAJARA

EL aspecto actual de la Ciudad de Guadalajara, no corresponde a su histórica nombradía.

Antigua Caraca de los Romanos y conquistada por Eurico al dominio visigodo, siguió la suerte general de la Península, siendo dominada por Muza en su brillante y avasalladora correría después de la derrota del Guadaleté. Régulos o Valies, subordinados al de Toledo, la gobernaron en tiempo de los moros. Alfonso III y Fernando I, llegaron hasta sus muros con ánimo de conquista, y al fin, en 1081, Alvar Fañez de Minaya, primo del Cid Campeador, puso cerco a la plaza con numerosas huestes, tomándola el día del Bautista. Quedóle el nombre de Alvar Fañez a la puerta por donde entró, y la imagen del guerrero, armada de pies a cabeza, sobre corcel encubertado y levantada en alto la espada, vino a formar el blasón de la Ciudad, que aún hoy conserva. Dos veces, aunque inútilmente, trataron de recobrarla los sarracenos, y ya en plena paz, la Villa, que hasta mediados del siglo xv no recibió el título de Ciudad, fué creciendo y prosperando bajo la protección de los monarcas. De las frecuentes estancias que en ella hicieron los Reyes, del señorío de las Reinas y princesas a quienes por turno fué cedida, no ha quedado en Guadalajara monumento alguno, ni siquiera ruinas de sus Palacios. La tradición designa el sitio donde estuvo edificado el de doña Berenguela, madre de San Fernando, la cual desde su divorcio hasta el término de su virtuosa y larga vida, fijó allí su residencia. Por muerte de San Fernando en 1252, erigióse en Señorío la ciudad a favor de su hijo D. Fadrique, y muerto éste se incorporó de nuevo a la Corona de Castilla. Asegura Medina Mendoza que Sancho IV tuvo allí su Corte, y está fuera de duda que en Guadalajara se concertó la boda de su hija Isabel con D. Jaime de Aragón.